

NUESTRA PINTURA Y NUESTRO TIEMPO

(Para "CULTURA PERUANA")



DIFÍCIL es, indudablemente tratar acerca del rol que hoy corresponde a nuestra pintura. Pero, frente al actual panorama del Mundo y en medio de la desorientación que entre nosotros han determinado las nuevas experiencias y deseadas búsquedas que se suceden en la plástica del Viejo Continente, cabe abordar tan complejo tema. Además, procede ahora un intento semejante porque debemos aspirar a que, junto al ideal individual, vibre en el Perú un espíritu que unifique la obra múltiple de nuestros pintores y marque un sentido y una trayectoria a la pintura que en nuestra patria se produce.

En el actual momento la pintura mundial se proyecta en variadas direcciones, en numerosas corrientes y escuelas; sin embargo, si observamos con más detenimiento, veremos que, fundamentalmente, responde a dos tendencias grandes y opuestas; la llamada de élite y la panfletaria; en otros términos: la tendencia que propugna un arte para círculos y la que proclama un arte para masas. No puede negarse que ambas tendencias son igualmente inaceptables, pues subordinan al arte y al artista. Mas si ante estos movimientos antagónicos, que tienen a absorber simples diferencias de modalidades o maneras, nuestra pintura no tiene por qué tomar partido, debe en cambio descubrir su propio cauce y superar su actual proceso, hasta alcanzar una expresión representativa de la realidad telúrica y espiritual que vivimos.

Mucho se ha dicho y escrito acerca de la pintura de élite; de esa pintura que para el hombre de la calle es incomprensible, y que comúnmente llámase moderna. En realidad, si tratáramos de hacer un exhaustivo análisis, llegaríamos a la conclusión de que no hay pintura vieja ni nueva; hay buena y mala pintura únicamente. La historia del espíritu no acepta fracturas, y por eso la pintura actual de efectiva calidad, constituye la continuación de la anterior, aunque no lo sea en su apariencia. De allí que pueda decirse por ejemplo que Ingres y Picasso —más de un siglo de pintura—, son iguales. El verdadero arte de vanguardia es elemento evolutivo que resiste a la crítica, y con el transcurso del tiempo deviene clásico. Por eso es erróneo hablar del modernismo suponiéndolo un divorcio con lo antiguo. Tal división en el arte no existe. En cambio, los alardes y desvíos del arte pictórico de élite han determinado un fenómeno sociológico evidente: la división de los públicos. Se ha producido pues una escisión, pero no en el arte mismo sino entre ciertos artistas y la gran mayoría, refractaria a la trivialidad y al esnobismo. Puede argüirse que las tendencias en boga en su afán de nuevas extensiones facilitan al pintor la búsqueda de lo plástico, más de la pintura de élite que ahora se produce con el propósito de crear un nuevo estilo —un arte abstracto standard donde se diluye el individuo—, sólo aquella que entraña verdadera calidad se salvará del caos actual.

Es natural que donde el caos existe la pintura se realice con excesos y extravíos, pero en el Perú tales tendencias resultan convencionales o arbitrariamente impuestas, pues el arte responde a condiciones de lugar y tiempo. En Europa, ninguna gran figura ha surgido en los últimos lustros para reemplazar a los viejos maestros consagrados. La actividad artística se fue distanciando cada vez más de la vida misma. Por eso, mientras muchos artistas daban las espaldas a la Historia en charlas de cenáculo, ésta marchaba en forma implacable. A los alardes de una sensibilidad archidepurada los cañones opusieron derrepente su terrible elocuencia. París, la novia del mundo, la capital del arte, se vio de pronto invadida por victoriosos ejércitos. Con esta experiencia debemos procurar que en América el arte no siga por rutas semejantes.

Frente al clima trágico que hoy vive el

Viejo Continente, donde los llamados "matinalistas" y los "vesperinistas" discuten aun acerca de las posibilidades culturales de este, y contrastando en ese esteticismo exclusivista, ha surgido en América —en México especialmente— un arte pictórico vital, con hondos raíces populares, que anhela cumplir una función más amplia, desgraciadamente a veces desvirtuada para incidir en lo social y en lo político. Sin embargo, descontando este aspecto, hay que reconocer que se trata de un arte de grandes estructuras, de formas mayores, de contenido humano, frente a cuyo desarrollo el cuadro de caballete tal vez pierda su vigencia, ante cuyo avance los muros vendrían a reemplazar a las pequeñas dimensiones de los lienzos. Este arte, de alcance colectivo, representa ya un dique contra las anárquicas corrientes estéticas de Europa, cuya magnífica tradición plástica habrá de servirnos desde luego como base para la creación de un arte nuestro. Toca pues a América, en este momento de la Historia del Mundo, decir su palabra en la plástica. Vivimos una etapa que ha de ser fecunda. El panorama actual de nuestra pintura es sin lugar a duda promisor, habiéndose superado diversas etapas.

Hasta hace poco la pintura en el Perú era materia de una controversia entre quienes pretendían la creación deliberada de una escuela indigenista y quienes propugnaban la aceptación incondicional de moldes euro-

peso. La tendencia vernácula tuvo un buen comienzo y, pese a su intransigencia y a su descuido de los medios técnicos, cumplió un rol importante. Vientos recios y nuevos llegaron desde México, pero la realidad del movimiento mexicano, su genuina naturaleza, tal vez no fue inmediatamente comprendida, pues jamás constituyó la expresión de unos cuantos individuos sino el cálido mensaje de un pueblo, magníficamente interpretado por artistas que en Europa captaron lo esencial de la plástica moderna. Junto al verdadero indigenismo surgió, pues, en América, un indigenismo superficial y anecdótico, que en la actualidad debemos sin embargo apreciar como un primer impulso hacia la pintura que sea peruana por su espíritu y que entrañe la calidad necesaria para que se le reconozca como un hecho dentro de la pintura universal.

La corriente opuesta a la preconcebida "escuela" indigenista, preconizaba en cambio un arte pictórico ajeno a los temas pintorescos, exaltaba el color como principal finalidad y vino a significar un aporte valioso. Mas la alergia al temario nativo derivó posteriormente en el propósito de realizar un arte que fuera calco de lo exótico, con prescindencia de todo lo nuestro. Nosotros no tenemos por qué ser adeptos de una alibrita aristocracia artística que alisa al pintor y llega a suponer que la pintura debe ser sólo una superficie agradablemente coloreada. Nuestra pintura no tiene, por qué ser raposía de la que en otros lugares se produce para halago de minorías heteróclitas, y que no representó ninguna función viva en los pueblos jóvenes de América. Por otra parte la pintura abstracta o concreta, que algunos consideran el estilo del futuro, puede tener un gran valor por sus artistas representativos y en los lugares donde se desarrolla, mas en el Perú de hoy, como no podemos comenzar por el fin y la cultura responde a ritmos biológicos, es planta completamente exótica. Lígar la expresión estética a la vida misma es la tarea que corresponde al artista de este Continente. Dominando en lo posible los medios expresivos, con una visión horizontal del Perú, que abarque toda su extensión geográfica, y otra que, verticalmente, se adentre en la profundidad de nuestra historia, se habría dado un paso más en el empeño de lograr una pintura peruana: el resto vendrá a su tiempo como consecuencia de esta lucha, como producto del avance cultural, como fruto de una tierra sembrada con esfuerzo. Tengamos conciencia de nuestros propios méritos y fe en nuestro destino, que es el del hombre mismo.

Así como los pintores mexicanos que buscaban desesperadamente el tratado de Cennini en Europa para ejecutar sus discursos plásticos, encontraron en México los sagrados secretos del fresco, pues los indios de Puebla conocíanlos, de igual manera nosotros tenemos que efectuar el descubrimiento de nuestro propio país, con la ventaja de ajenas experiencias. Ante la disolución del arte occidental, tenemos que aceptar la responsabilidad que significa vivir en un Continente donde está el porvenir y la esperanza del Mundo. Las capitales del arte bien pueden ser mañana Buenos Aires, México o Río de Janeiro. Es en América, precisamente, donde la pintura mural, gran arte público, podría alcanzar un gran florecimiento. Mas si esas amplias superficies, que encierran la síntesis de la forma y el color, son también en el mejor medio de hacer accesible el arte a las mayorías, habría que evitar caer en la pintura panfletaria que, con la pintura refinada que reclama el elitismo, forman las dos tendencias extremas del arte pictórico.

Nosotros, sin afiliarnos a ninguna, sin arriesgar la autonomía propia del arte verdadero, debemos pensar que aquí puede lograrse elevar el nivel de nuestra plástica asimilando las legítimas conquistas estéticas habidas en Europa e incursionando en nuestro magnífico acervo cultural; realizar un renacimiento del arte vinculándolo a la vida misma; estructurar una pintura peruana producto del hombre y del artista y de la naturaleza de esta tierra de América.

Fume Ud. siempre los
inmejorables cigarillos

INCA ESPECIAL

Y

NACIONAL
PRESIDENTE

Elaborados con los mejores
y más seleccionados tabacos

ESTANCO
DEL TABACO
DEL PERU